

puestas, a estas preguntas. En vez de postular una correspondencia ideal entre la obra de Marqués y su circunstancia, que convertiría a la obra en «reflejo», o a lo sumo en «comentario» de la realidad, convendría investigar la manera en que Marqués se enfrenta a los problemas que conlleva representar (escénicamente o por escrito, da lo mismo) la realidad tal como Marqués la entiende. El hecho de que Marqués fuera dramaturgo ya nos sugiere que debió de haber en él una fuerte conciencia de las dificultades inherentes en la representación no meramente de la realidad, sino incluso de ideas y de sentimientos. El caso de Marqués es el de un escritor que se mueve inquietamente de género en género: de la poesía al teatro (en el que oscila entre el «realismo poético» y la vanguardia), al cuento, al ensayo y a la novela. En varias ocasiones Marqués refundirá sus cuentos en obras de teatro y viceversa. Y en todos los casos Marqués reiterará el mismo puñado de ideas, de obsesiones. No cabe duda de la seguridad de Marqués en su vocación de escritor, pero al parecer no se sentía tan seguro acerca de la capacidad de la escritura —y aun de la representación escénica— para transmitir ideas claramente, y mucho menos para transformar la realidad.

Los elementos necesarios para derivar una teoría de la representación a partir de la propia obra de Marqués están a la mano: el interés perenne de Marqués por la Biblia —por ejemplo, la cita con frecuencia y la usa como punto de partida para obras de teatro como *Sacrificio en el Monte Moriah* (1969) y *David y Jonatán* (1970)—, apunta hacia una preocupación de éste con los mecanismos de la exégesis bíblica, entre ellos la alegoría, y de allí a problemas más generales de la representación. (Marqués ha escrito sobre el teatro de Calderón; además, su primer drama, *El hombre y sus sueños* [1946] abunda en resonancias de los autos calderonianos; incluso entre sus últimos cuentos, que Marqués publicó en 1976, hay varios relatos de carácter francamente alegórico, como «El cazador y el sueño» y «La ira del resucitado».) El libro de la profesora Martin marca, por lo pronto, un hito en los (escasos) estudios de la obra de René Marqués: se trata de la primera apreciación de conjunto de una obra bastante amplia, diversa y a trechos poco conocida; y señala, además, un reconocimiento (ya póstumo) de la importancia de Marqués en el ámbito de la literatura hispanoamericana, no sólo como dramaturgo, sino como hombre de letras.

ANÍBAL GONZÁLEZ

*Yale University.*

GEORGES BAUDOT, *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*. Toulouse: Privat, 1977.

La ola de apetitos y de sueños que desencadenó la conquista de nuestro continente (en medio de una euforia económica e intelectual nunca justificable, pero sí entendible en gentes que se maravillaban de lo que habían «descubierto») cuenta con innumerables y «dorados» testimonios. Acaso el menos interesado, el menos orientado por razones económicas o políticas de la época, acaso también el más descabellado y gigantesco, sea el que nos describen estas 555 páginas.

Edificar en tierras americanas, y con los hombres del antiguo Imperio azteca, el Reino del Milenio ineluctablemente asegurado por el *Apocalipsis* (capítulo 20, y, especialmente, los fragmentos 4, 5, 6 y 7) y fue el objetivo al que dedicó vida, afanes, investigaciones, aprendizajes y, empecinadamente, luchas y destinos un gru-

po de eminentes franciscanos de ese tiempo. Todo ello en un período que comienza inmediatamente después de la conquista de Cortés y que termina hacia los años setenta, ahogado por la implacable censura de la corona española, la que comenzó de manera asaz, rápida e inteligente a ver lo excesivamente peligroso de la empresa.

Como escribe Georges Baudot, para llevar adelante el desmesurado propósito era necesario primero convertir a los indios, «pero también conocerlos bien y, haciéndolo, preservar lo que fundaba su originalidad y los ponía al amparo de una hispanización sentida como perversión. Se comprende que en un momento dado los anatemas de la censura hayan sepultado estos escritos, por orden venida de Madrid» (p. X). Porque si la empresa se basó en el contacto humano, en el adoctrinamiento religioso, en la militancia febril, tuvo también, y ello en cantidad apreciable, una apoyatura literaria y dejó tras de sí numerosas obras, a cuyo desentrañamiento y exploración se dedica justamente *Utopie et histoire au Mexique*.

Consta el libro de una «Enunciación de propósitos», de una «Introducción» y de nueve extensos y documentados capítulos, en los que se estudia: I, El descubrimiento de México por los laicos y por la Corona después de la conquista (1521-1568); II, El descubrimiento espiritual de México por los Hermanos Menores; III, Fray Andrés de Olmos, el iniciador; IV, La obra de fray Andrés de Olmos; V, Fray Toribio de Benavente Motolinía; VI, La obra de fray Toribio Motolinía; VII, La Relación de Michoacán; VIII, Fray Francisco de Las Navas; IX, La confiscación de las crónicas mexicanas y la interdicción de los trabajos etnográficos. El libro se termina con una conclusión, a la que siguen una muy útil tabla cronológica y el detalle de la nutrida bibliografía consultada. El volumen, de muy buena impresión, consta además de cinco ilustraciones fuera de texto y de dos ilustraciones que hacen parte del mismo. Las primeras están constituidas por un mapa que describe el México del siglo XVI, cartas autógrafas de fray Toribio Motolinía y fray Andrés de Olmos a Carlos V, el calendario mexicano del *Codex Magliabecchiano*, el calendario mexicano de fray Toribio Motolinía y escenas de antropofagia ritual según el referido *Codex Magliabecchiano*. Las ilustraciones que figuran integradas al texto corresponden al mapa del México de fray Andrés de Olmos y al mapa del México de fray Toribio Motolinía.

Como puede advertirse a través del análisis de los títulos enunciados, este libro, al ofrecernos un examen minucioso de las fuentes que sirven para el conocimiento de la obra de los religiosos, nos está brindando, a la vez, un aspecto importantísimo y generalmente desconocido de la visión que el colonizador pudo tener de nuestros antiguos pueblos y, obviamente, una imagen no suficientemente investigada de la vida de estos grupos humanos.

La empresa, comenzada por una corriente reformadora en el seno mismo de la orden, sucede a las famosas *Cartas de Relación de Cortés* y al informe del «Licenciado» Zuazo al padre fray Luis de Figueroa (pródigo en la descripción de los «excesos» de los nativos), textos en los cuales «es difícil encontrar una observación cualquiera que ofrezca un interés etnográfico, aun restringido» (p. 22). De tales textos, agrega el autor, se puede extraer «una información precisa y de una cierta amplitud sobre los aspectos militares, dietéticos o arquitecturales de la civilización mexicana. Una curiosidad real, aunque banal, por los productos del país y por su artesanía. Una viva sorpresa, fuente de precisiones, por los ritos religiosos juzgados aturdidores y escandalosos. Y, en conclusión, una atención distraída por la organización política, social o familiar del pueblo sometido» (p. 25). Este panorama, continuamente magnificado y paradójicamente empobrecido por el relato

de otros conquistadores y cronistas, es el que hallan los primeros intentos de estos religiosos que, «ocupados en los indios, cotidianamente, van a tratar de penetrar su mundo y de reconstruir sobre el papel las arquitecturas intelectuales que habían sostenido su universo» (p. 68). Ellos, que finalmente eran los únicos en condiciones de conocer desde dentro a las poblaciones indígenas (por su rápido aprendizaje de la lengua, por su adentramiento en sus costumbres, por el objetivo de su acción), se transforman, por efecto mismo de la misión que alientan, en «aprendices de etnógrafos». De ese aprendizaje minucioso y de la fantástica misión que se confieren surgirán las obras de estos padres franciscanos, cuyas primeras conclusiones explican de modo claro el posterior y creciente temor de la Corona: «Estos indios cuasi no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo, de los muchos que los españoles tenemos y nos tienen sumidos, porque su vida se contenta con muy poco, y tan poco, que apenas tienen con qué se vestir y alimentar. Su comida es muy paupérrima, y lo mismo es el vestido; para dormir, la mayor parte de ellos aún no alcanza una estera sana. No se desvelan en adquirir ni guardar riquezas, ni se matan por alcanzar estados ni dignidades. Con su pobre manta se acuestan, y en despertando están aparejados para servir a Dios...» (Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, citado en p. 86). La preservación de las lenguas y de las costumbres y la puesta en marcha intelectual de la totalidad del proyecto comentado se encontraron de inmediato con una tenaz oposición, aun dentro mismo de la propia orden. De esa oposición y de las perfidias que la caracterizaron da cuenta el volumen que reseñamos. El autor, en efecto, ha desentrañado numerosa correspondencia inédita o prácticamente desconocida. Para no citar sino un ejemplo, una de las cartas, posterior a la actividad del grupo, pero sin duda contemporánea aún a sus subversivos efectos, ilustra sobradamente sobre el carácter de las resistencias: «En esta tierra ay necesidad que se dé orden como estos naturales sepan la lengua española, como mucho a lo tenía mandado S. M. en las provincias de México... y el contrario parecer haze mucho mal y aun sabe a una cierta ambición diabólica...» (carta de fray Bernardino Pérez a Juan de Oyando, citada en p. 95).

Se describe, más adelante, la obra de fray Andrés de Olmos, antiguo experto en investigaciones sobre brujería y notable en demonología, lo que hacía su moralidad incontestable a ojos de la Corona y de la Inquisición; no obstante, será él quien inaugure «todos los caminos que llevan entonces, en la primera mitad del siglo XVI, al corazón de México» (p. 120), signo claro de que esta apertura posibilitaría otras más profundas y menos descadas por el sistema impuesto por la conquista.

A esa descripción sucede la de la obra del franciscano; luego, la de fray Toribio Motolinía («el alma y el ardiente promotor de las creencias milenarias en México», p. 328), la de la Relación de Michoacán (que complementa la visión circundante, ya que trata sobre el mundo phurépecha o michúa) y la de fray Francisco de Las Navas, cuyos «sentimientos admirativos por las estructuras y las expresiones de la civilización mexicana» son inocultables (cf. p. 469).

El último capítulo está dedicado a describir someramente la obra etnográfica de fray Bernardino de Sahagún y, especialmente, el proceso que lleva a la prohibición por parte de la Corona de España de todos los trabajos de los franciscanos. Al mostrarlos, y al explicar que «no solamente México ha sido mutilado irremediablemente de una parte fundamental de su pasado y de su personalidad nacional», sino también cómo «la historia humana ha perdido, en parte, un capítulo

imponente del libro de las civilizaciones» (p. 476), el trabajo acaba reabriendo a ojos del lector las vías para recuperar, enriquecido, ese legado.

El autor, a quien, entre otras obras, debemos también una valiosa contribución al estudio de las literaturas amerindias (*Les lettres précolombiennes*. Toulouse: Privat, 1976), devela con este reciente libro un aspecto fundamental de los estudios sobre la vida de nuestros pueblos. Vida que, arrancada de su normal transcurso (su historia, sus propias e inalienables utopías), se convirtió en objeto de otra historia, de otras especulaciones utópicas. La recuperación de nuestra condición de sujetos históricos no puede soslayar hoy el conocimiento íntegro de aquel anómalo desvío, y la obra que tratamos colabora en alta medida a ese saber.

GERARDO MARIO GOLOBOFF

*Université de Toulouse.*

ALICIA BORINSKY, *Ver/Ser visto. Notas para una analítica poética*. Barcelona: Antoni Bosch, 1978.

«El que *ve* arrasa con *lo visto*», asimila su objeto, elimina la alteridad (p. 85), aclara la autora de este breve volumen que intenta subrayar la ascendencia definitoria de lo visual en un número de textos heterogéneos que dialogan en la distancia, tangenciales. Es una obra difícil de resumir, o de clasificar: espejea, ilumina, se mueve de un texto a otro libremente, rehusando la disciplina tradicional. Atrae hacia sí una variedad de materiales que incluye fragmentos de poemas a modo de epígrafes, letras de tangos, teorías de Macedonio Fernández, del marqués de Sade, de Foucault, crítica de cine moderno, comentarios personales acerca del «juego de energías masculino/femenino». El hilo conductor en todo el libro es un poema de Lewis Carroll titulado «The Hunting of the Snark». Insistentemente se conjugan un cuento de Cortázar («Axolotl»), un personaje de Onetti (M. Gigord), otra obra de Lewis Carroll (la novela *Sylvie and Bruno*, quizá a través de Quenau) y en el último capítulo, *Celedonio antes del alba*, de Reynaldo Arenas. En el centro de esta red se coloca la novela *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, y se traen hacia ella todos estos textos diversos, con los que se tejen interesantes puntos de contacto. Alicia Borinsky ve la literatura como instrumento que ve y se ve; ejercicio ensimismado a fin de cuentas, pero también tela unificadora, porque ver es absorber y ser absorbido, como ejemplariza «Axolotl». Las identidades se borran.

El subtítulo (que por cierto aparece reducido en la carátula del libro a *Notas para la poética*) no implica la formulación de una teoría poética aplicable, sino la búsqueda de un nuevo modo de análisis literario que rehúya las normas académicas y el falso psicologismo. De espaldas al sentido común se descubren en contrapunto otras relaciones, «maneras alternativas de referir», como propone Lewis Carroll, y «la necesidad de cada una de las partes con respecto a la otra» (p. 24). Igualmente se rechaza, con Onetti, «esa cultura pobre y respetuosa de los profesores de escuela» que «tienen confianza en la explicación intelectual» (p. 44). Numerosos escritores hispanoamericanos han hallado inspiración en la obra de Lewis Carroll, desde Borges hasta Carpentier (véase el epígrafe con que comienza *La consagración de la primavera*). Ha de añadirse quizá su nombre al de Faulkner, Joyce y Kafka. Las zonas de contacto en los diversos textos dialogantes giran alrededor de dos sistemas de imágenes en apariencia alternativos, pero en realidad concén-